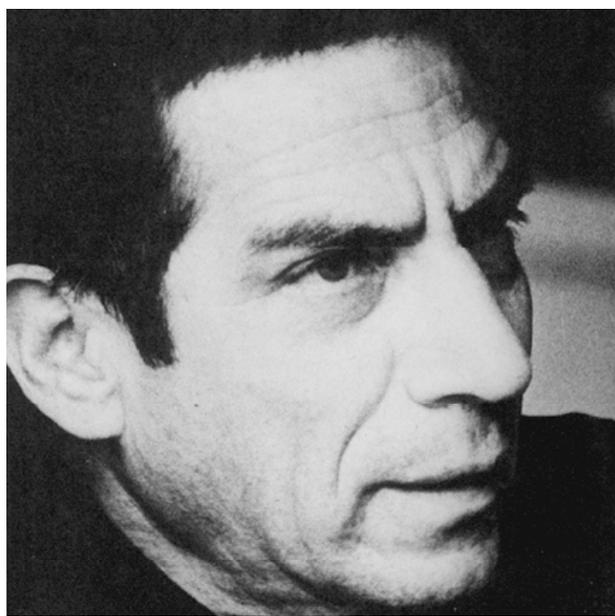


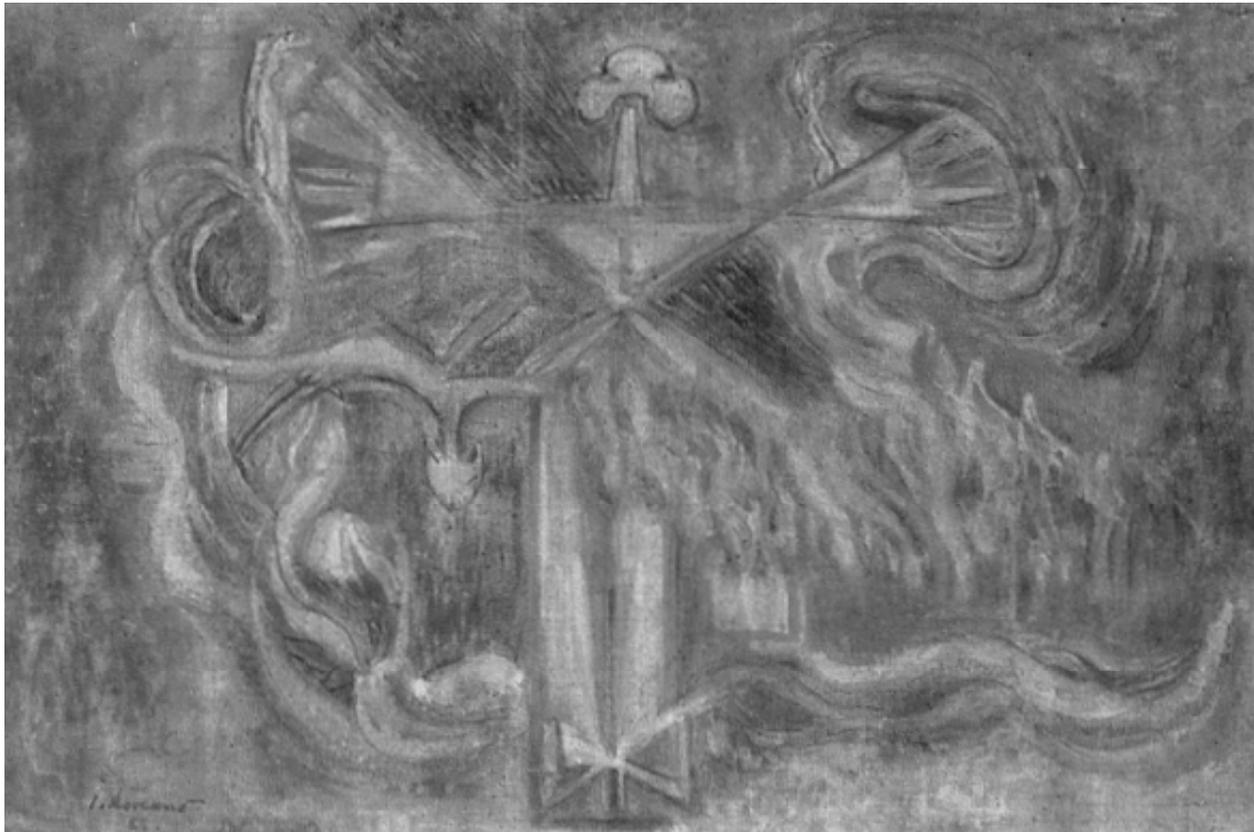
María Zambrano en el recuerdo de Juan Soriano

Adolfo Castañón

Uno de nuestros ensayistas mayores, Adolfo Castañón, conversa con el pintor Juan Soriano —recientemente galardonado con el Premio Velázquez de Artes Plásticas 2005— acerca de una de las figuras mitológicas del exilio español: María Zambrano. La charla se va nutriendo de anécdotas hasta que el texto rebasa sus propios límites y se convierte en un intercambio de recuerdos tejidos alrededor de la memoria de la mística española.



Juan Soriano no sólo es un artista plástico, un gran pintor y escultor de primera magnitud. Es además un gran conversador, un hombre culto y desenfadado que ha sabido ser amigo de poetas como Xavier Villaurrutia y Octavio Paz. Cuando vivía en Roma, se hizo amigo de María Zambrano con quien tuvo una relación muy cercana, pues a ella no sólo le gustaban sus cuadros, sobre los cuales escribió en diversas ocasiones (véase el libro de María Zambrano: *Lugares de la pintura*, Recopilación de Amalia Iglesias, Acanto / Espasa Calpe, Madrid, España, 1991), sino su palabra vivaz de conversador y su generosa compañía. En Roma, María conoció y trató a otros mexicanos como Sergio Fernández, Sergio Pitol, Tomás Segovia, Jorge Hernández Campos. Hace un par de años, en septiembre de 2003, me acerqué a Juan Soriano para que



Juan Soriano, *María en llamas*, 1954

hablara en una entrevista de María Zambrano. Éste es el resultado de esa conversación.

Juan Soriano —el gran pintor mexicano— la recuerda así en una entrevista realizada en el otoño de 2003.

María Zambrano decía de su hermana Araceli:

Si la hubieras visto hace cuatro años desnuda te hubieras muerto, porque no sabes qué cuerpo tenía mi hermana, pero ahora ha engordado desgraciadamente.

Y luego la hermana se subía a esos coches chiquitos.... Araceli apenas cabía en ellos, le metían primero las piernas; luego, los pechos eran de una dificultad horrible porque los tenía grandotes (risas), y después las nalgas... (risas). Era blanca, estaba preciosa, vieja, gorda y se veía guapísima...

Ella, Araceli, había sufrido mucho en la guerra...

Sí, Araceli fue de esas que llamaban en España una real hembra. María en cambio era fea, nunca fue bonita.

Bueno, María no era desagradable, pero era fea.

Sí, lo debe de haber sido, por lo que yo he visto, delgada, alta, tetona y con cara de monja.

María tenía mucha personalidad y todo lo demás, pero no era atractiva. El marido de ella era una belleza profesional y era muy bueno, le hacía todas las cartas y las corregía, porque ella escribía tan rápido a máquina

que la mitad de las cosas que escribía se quedaban impresas en el rollo.

O se le terminaba la hoja....

O se quedaban en la mesa o en el rollo. Y luego se enojaba muchísimo porque le decían: María te falta una frase. “¡No me falta nada!” (risas). Pero le faltaba una frase.

Al parecer María no era muy descuidada para escribir; nunca lo fue y no por cosas de la edad. Uno de los desencuentros con Octavio Paz se dio cuando en algún momento ella le manda en manuscrito la reseña de El Laberinto de la Soledad, y entonces Octavio Paz ve que hay una puntuación que falta, no sé qué, y le dice: “Me va a permitir que le ponga unas comas”. Entonces ella se enojó, y ahí surgió el desencuentro casi para siempre.

Sí, a sus textos le faltaban pedazos y ella se enojaba mucho (risas).

¿Como en qué año conociste a María Zambrano?

Pues yo la conocí en México. Llegó a México con su marido en ¿39, 40?

Con Alfonso Aldave, o algo así...

Bueno, ellos creían que era muy rico, pero no era muy rico, era un hombre muy guapo y muy buena persona y que la ayudó muchísimo, era también como su secretario. Y ella, claro, estuvo muy enamorada de él, pero lle-

garon a México, no tenían mucho dinero, y se fueron a vivir a Morelia. Tenían una cama en que cabía él... pero ella no (risas), y entonces dormían como *sandwich* (risas). Para María era terrible, era realmente el exilio en esa ciudad por entonces tan poco habitada...

Cuando la mandan a Michoacán ella siente que es una especie de segundo exilio que Cosío Villegas y los mexicanos no la quieren, algo había de eso...

Sí, sí.

María dice que su único amigo en Morelia fue una estatua de Vasco de Quiroga a la que le platicó toda su vida y toda la Guerra Civil (risas).

Hacia unas tragedias tremendas y era muy buena para contarlas, entonces te divertías muchísimo. Tenía un carácter tremendo, te daba descolones que te quedabas seis días pensando en ella.

Yo creo que debe de haber sido un tipo de mujer que no tenía nada que ver con el tipo de mujer que había en aquella época, con las alumnas de la Universidad.

Y luego, además, se enamoraba de los gatos.

Una gatófila, una, perdón por la palabra, alurófila.

Sí.

...gataia..., como decía ella.

Salía a la calle y se traía los gatos a su casa.

Ella cuenta en algún lado, en una entrevista, que a ella la corrieron de Roma por gataia, a ella y a Araceli...

Fue un fascista que vivía en la misma casa. El fascista tenía gatos también, entonces hizo un pleito por los gatos y logró que la corrieran, y entonces la corrieron...

Y se fue de Italia.

De Italia, sí, la corrieron, ya se iba pero le habló a la hija de Benedetto Croce que era muy influyente, una señora maravillosa... Elena Croce. Esta mujer le dijo: "Mira, María, esto yo lo arreglo ahorita en cinco minutos"; habló por teléfono a un amigo, y claro, él dijo: "¿Qué es eso de correr a María Zambrano?" El día que le dieron la orden de que se fuera había salido publicado un libro de ella. Ella tenía ya muy buena prensa, el libro tenía mucha publicidad...

¿Eso la salvó?

No, la salvó la amiga que llamó inmediatamente al hombre influyente. Ella no quería aceptar, dijo: "Yo no quiero aceptar eso, prefieroirme", pero la amiga la convenció de quedarse. Elena Croce dijo: "No seas absurda, María, quédate, no tienes dinero, la pasas mal, quédate, tranquilízate y ya tú y tu hermana luego, más adelante, se van adonde quieran". Y tenía razón...y sí, se quedó.

Y hay una tradición en Roma de que la gente es muy gatera, el pueblo romano está lleno de gatos...

Y les dicen *gataias*, precisamente. Y es horrible porque van con una canasta y hay un gato ahí y sacan bofes e hígados y corazón, y es como una fiesta azteca. Y el gato ahí comiéndose y royendo un corazón con mucho trabajo... Y las conversaciones en el Coliseo, eran una maravilla...

Ya en Roma.

Allá en Roma nos íbamos ella y yo con unas botellas grandes llenas de aguardiente y ella me decía: "¿Quiéres tantito?" "Sí, pero muy poco". Y ella decía: "Bueno, un poquito" (risas). Ahí me contaba, como si hubiera estado presente en aquellas fiestas en que salían los gladiadores



María Zambrano en Florencia, 1949

semidesnudos cómo los ahorcaban y les pegaban. Ella sabía muchísimas cosas, y yo estaba ahí con la boca abierta oyendo todo lo que me contaba. Luego hablaba de unos rituales amorosos entre los romanos, que había en ciertas fases del año, muy cerca también de la ciudad de Roma, pero ya en las afueras. Hablaba de una diosa antigua, y luego conocía todas las iglesias, sabía que había cuatro o cinco iglesias en el mismo terreno, en el mismo lugar pero en diferente piso, una sobre otra como aquí las pirámides, y la última siempre era de una religión antiquísima, adoraban un becerro o una vaca.

Sí, era la antigua religión mitraica, dedicada al Dios-Toro: Mitra.

Sí, era la antigua religión, ahí estaban las estatuas y en cada piso había frescos. Y ella sabía todo. Yo no sé cómo tenía tiempo para todo eso y para escribir y para ocuparse de su hermana. Ellas tenían un cuarto muy bonito, grande, en la Plaza del Popolo. Piazza del Popolo, arriba de un café muy famoso. Había dos cafés en ese lugar, uno el elegante, el decente, y luego había otro que era el indecente. Yo tenía más ganas de ir al otro (risas). Ahí en ese café, María, cuando todo el mundo gritaba, hablaba con una voz cada vez más baja, cada vez más suave, y tú te ibas agachando y te ibas agachando hasta que te caías de la silla (risas).

Por lo que ha escrito de ti, se ve que ella te quería muchísimo; ha escrito tres o cuatro veces, o más, sobre Juan Soriano y admira mucho lo poco que tú has escrito y lo mucho que has pintado.

María estaba muy contenta de haber conocido a alguien como yo. Yo decía todo lo que pensaba, porque en realidad no pensaba; era más bien como una máquina, ¿no? Esto a ella la fascinaba. Cuando iban con ella intelectuales, sacaba unos rollos y unos discursos que resultaban muy convencionales.

La debes haber divertido mucho también.

Nunca se enojó conmigo.

Ella podía enojarse con las personas.

Con Diego de Mesa, le dijo hasta de lo que se iba a morir.

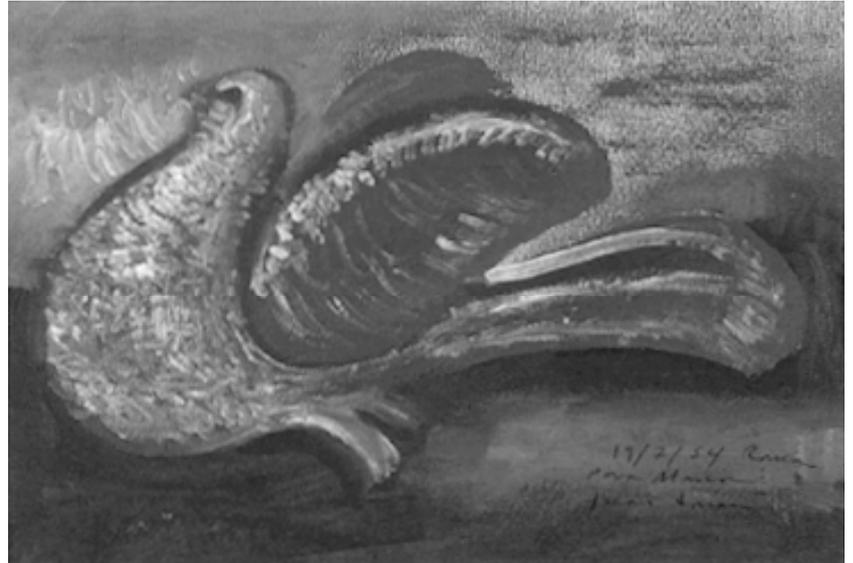
El último desencuentro famoso es con José Ángel Valente...

Y Valente era casi un ángel, una persona buenísima, pero....

Fue su discípulo durante años y años...

La quería muchísimo, pero ella era muy susceptible.

Leyendo sus cosas, me digo: Juan Soriano realmente debió haber despertado en ella mucha simpatía por su persona y por



Juan Soriano, *Paloma*, 1954

su obra, ambas cosas; o sea, una persona es el Juan Soriano que tenemos aquí y habla de María Zambrano y otra es el pintor al que ella admiraba y sobre cuya obra escribió varios textos.

Yo me sentí muy mal cuando insultó a Diego de Mesa de esa manera tan violenta. Diego de Mesa era muy susceptible y muy insultable (risas). Había hecho de su vida una cosa espantosa, estúpida e inútil, y ya no pudo echar marcha atrás, murió. Estaba con figura humana todavía y de repente, como en un año, se volvió un viejito, con una barba hasta acá, y estaba en el hospital y recibía visitas en el hospital, le hablabas y él no podía hablar.

Los textos que escribió María sobre ti, ¿fueron para exposiciones, fueron para catálogos, hay tres o cuatro, no?

Ella escribió varias cosas pero no me acuerdo para qué. No me acuerdo, pero debo tener los borradores y todo lo demás.

Sí, porque yo tengo este libro, Lugares de la pintura, donde vienen varios textos sobre ti, son cuatro, pero no viene la referencia del lugar o la ocasión para la que fueron escritos...

Voy a ver. Estoy seguro de que las cosas están aquí en la casa. Ella inventó eso de la Aurora, que es muy bonito. Nos llevamos muy bien y me escribió muchas cosas y nunca se peleó conmigo, pero yo estaba asustado porque se peleaba con todo el mundo.

En este libro tú eres de los que tienen cuatro artículos frente a otros pintores que sólo tienen uno o dos. Ella escribió mucho sobre ti, es decir, te tenía una lealtad, una fidelidad, un cariño... El tema del despertar de España, el renacimiento de la inteligencia española de algún modo lo asociaba contigo, y por ahí ella va interrogando. Ella tampoco se ponía a escribir sobre cualquiera.

Era una gente de verdad muy original, fue una persona extraordinaria.

En este libro que te doy ahora (Fulgor de María Zambrano) recogí algunas cosas sobre ella. En uno de esos textos hay una entrevista que yo le hice a ella sin saber que estaba siendo entrevistada porque fui por un motivo editorial a visitarla, para reeditar un libro, Filosofía y poesía. Le caí bien y platicamos, me recibió soberbiamente. Ya estaba muy grande, tenía ochenta y tantos años, pero me recibió con un manto de tul, muy oronda...

Muy apetitosa.

...muy apetitosa (risas). Ya estaba ella instalada en un sillón, vamos a decir que uno como éste. De un lado había unos cigarrillos con un cenicero y, del otro lado, una botella de whisky con unos vasos, la misma botella de whisky que en esa sesión se terminó. Estuvo hablando muchísimo y no hubo grabadora. Y hubo luego una segunda sesión parecida a la primera. Yo después de ahí me fui y empecé a recordar todo lo que ella había dicho y lo escribí en primera persona como si ella estuviera hablando y lo publiqué y se lo envié. Entonces me mandó, con esa letra temblorosa de gente que ya no veía, una carta muy emotiva que tengo por ahí diciendo: "Le agradezco mucho que me haya usted entendido y que haya hecho la entrevista".

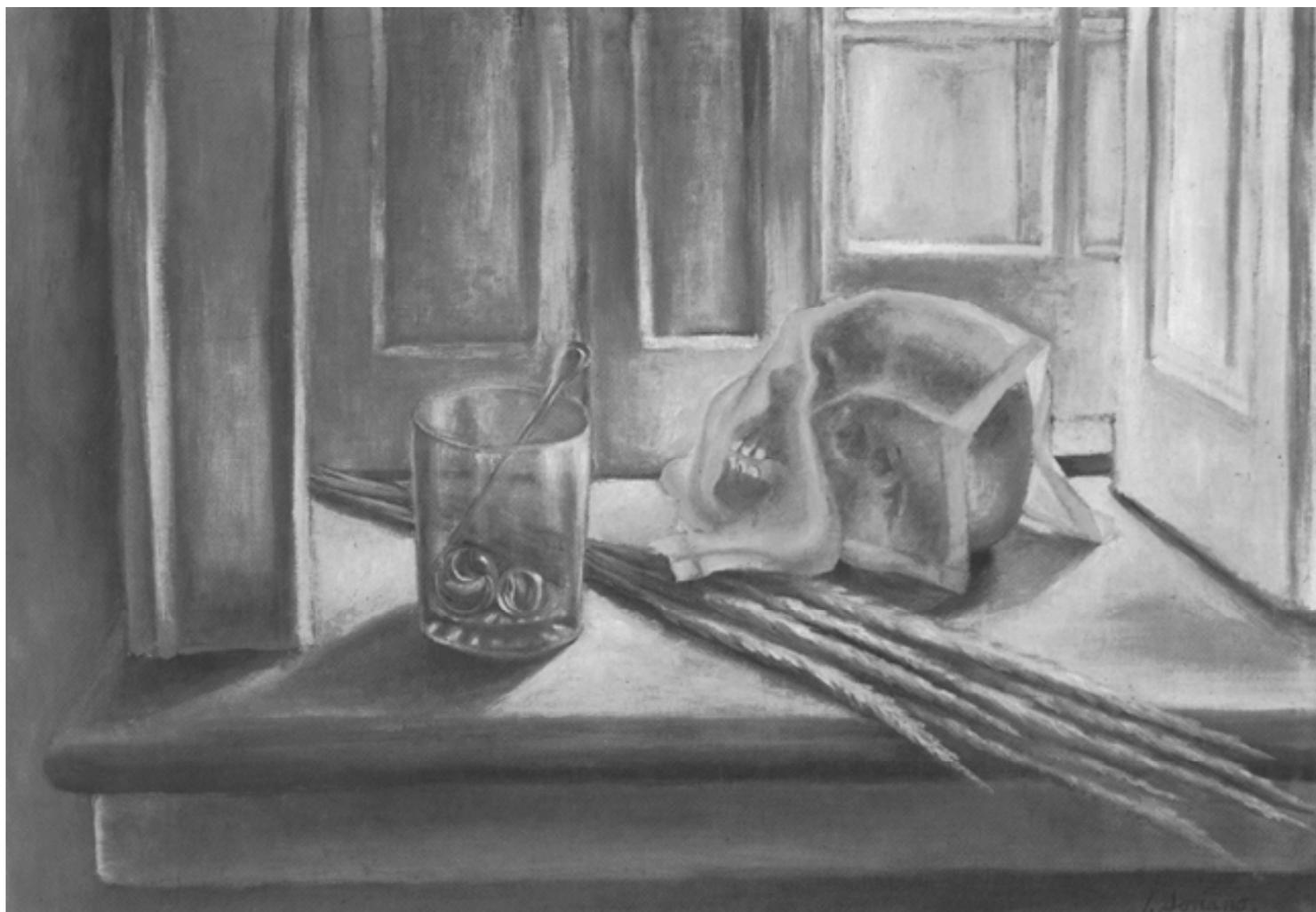
Muy bien. Viniendo de ella, de verdad. Ella no era nada fácil, era una literata muy difícil y pensaba mucho todas las cosas que hacía, ¿sabes?

No, y lo que decía. Por ejemplo, cuando ella recordó, y está en ese artículo, la primera vez que vio a Octavio Paz llegando a Madrid en el 37 o 38. Dijo: "Octavio Paz era muy apuesto, era muy hermosa, era insolentemente guapo" (risas). Pero eso me parece que no lo inventó en ese momento, ya lo traía cocinando.

Era muy original en muchas cosas.

Y muy intuitiva, muy maga. Yo creo que ella tenía algo de maga. O sea, se ponía a hablar contigo, te miraba a los ojos y todo lo que había a su alrededor desaparecía o cambiaba de signo.

No te esperabas por dónde iba. De pronto cambiaba la ruta. Iba por un lado y luego aparecía otra cosa que era lo que ella quería decir. Cuando empezó con el librotitulado *Claros del bosque*, ¡qué bien usó la expresión y el concepto y qué bien lo transmitió! Tenía muchos de esos aciertos en su pensamiento. Era y es un pensamiento que la alimentaba a ella pero también a los que estábamos ahí cerca. Nos daba muchas ideas y nos hacía pensar muchas cosas. Pero de una manera muy rara porque era una conversación aparentemente sin ningún propósito. Y como no era la conversación social de chismes y esas cosas, era preciosa esa relación con ella.



Juan Soriano, *Naturaleza muerta con vaso y calavera*, 1941-1942

María dice que su único amigo en Morelia fue una estatua de Vasco de Quiroga a la que le platicó toda su vida y toda la Guerra Civil...

Ella en algún lado cuenta, no ahí pero en otra entrevista, que cuando empezó a estudiar filosofía se puso a aprender las proposiciones de la Ética de Spinoza de memoria, y se las repetía en latín como si fueran oraciones y eso a ella le ayudaba a pensar (risas).

¡Qué bárbara, qué maravilla!

Y otra cosa que también anda por ahí, es que ella llega a la filosofía como un premio de consolación porque yo creo que ella quería ser santa, ella quería "otra cosa". O sea, la filosofía le parecía como un premio de consolación, un consuelo a falta de otra cosa...

Un peldaño para apoyarse y luego seguir en otro rollo.

Eso le dio a su propio pensamiento una altura indescribible, una imaginación de un vuelo impresionante.

Un día María Zambrano se nos presentó elegantísima. Todo nuevo, los zapatos, el vestido, estaba peinada maravillosamente y todo lo demás. Entonces nos dijo: "Tengo un cuarto en el hotel, alquilé un cuarto, ya no voy a vivir en la plaza y los invito a comer, estoy en tal piso y voy a vivir ahí una temporada porque me dieron un dinero y lo quiero gastar todo" (risas). Entonces en ese hotel muy bonito que está arriba de la plaza de España, que es un hotel muy viejo, antiguo, se alquiló un cuarto en la parte más cara para vivir ahí una temporada, y nos dijo: "Por fin voy a vivir como señora, aunque sólo sea un corta temporada" (risas). Me encantó. Fuimos, nos invitaba y nos daba de comer espléndidamente y conversaba maravillosamente. Y estaba muy contenta y escribió no sé cuántas cosas. Así que se dio el lujo de darse unas vacaciones de todo.

Ya en Madrid, donde la conocí ya de grande, había siempre una cola de jóvenes y de viejitos, o sea no era tan fácil llegar porque ella tenía gente y gente y gente que llegaba a decirle quién sabe cuántas cosas.

Y cuando el rey la conoció, ¿no te contaron todas las anécdotas y todo lo demás? Se puso a coquetear con el rey. Y él acabó diciendo: "¡Qué lastima que nos conocimos un poco tarde!" (risas). Estaba divertidísima de que le quería volar el rey a la reina (risas). Yo estaba en Madrid y supe que iban a ir los reyes a su casa porque ella no se sentía bien, María, y se quedó en su casa y los invitó a que fueran ahí y fueron. Entonces se hizo un traje blanco y estaba tirada en un *chaise longue*, muy guapa. Todo transcurrió en una atmósfera que decía en forma cifrada

algo así como "quizá podríamos haber tenido una aventura bastante divertida" (risas).

¿Y qué dijo la reina?

La reina estaba divertidísima.

Claro, por supuesto.

Dijo: "¡Ojalá y me lo vuele!" (risas). Todo esto lo cuenta muy bien José Miguel Ullán. ¿Tú conoces a Ullán?

Sí, claro, claro.

Pues, un día que lo veas que te cuente todo esto porque él sabe todas las palabras que usó y todo lo que dijo. Fue muy divertido.

No, ella tenía también muchos amigos por ahí: Fernando Savater, Jesús Moreno, Rogelio Blanco, toda una corte... Después desconfiaba de las personas que le iban a enseñar estudios sobre su obra y decía: "Éstos nomás me vienen a visitar para que yo les escriba sus tesis (risas), y les doy tres ideas y entonces ya escriben con esas tres ideas sus tesis, así que a ese señor o a esa señora, ¡no lo quiero ver!" (risas).

Luego durante mucho tiempo María andaba sola en Roma, caminando por las calles sola. A mí me daba miedo porque no veía bien y la podía atropellar un coche o una bicicleta, pero no quería que la acompañaran, quería estar sola. Entonces la veías caminando, caminando con una mirada muy especial. La historia de la hermana es terrible, unas historias tremendas, y es que fue una temporada terrible para los españoles.

Se las vieron negras de manera real y objetiva. En ese momento en que la guerra acababa de terminar. Cuando ella entrega el manuscrito de El hombre y lo divino al Fondo de Cultura, en realidad lo entrega para sacar unos centavos. Originalmente, creo que el libro se lo había pedido Albert Camus para Gallimard y, como ya se había muerto, no hubo publicación francesa. Entonces se lo dio a quien pudo de sus amigos españoles para que se publicara en el Fondo. Creo que eso fue en el 58.

Yo tengo ese libro en italiano. También lo publicaron en Italia.

Ella tiene mucho público en Italia. En parte porque vivió en Italia, en parte porque también hay algo medio pagano en ella que responde a la sensibilidad de ellos...



Juan Soriano, *Una ventana*, 1970

Es muy fuerte y ella lo describe muy bien cuando habla de eso... Lo hace muy bien. Habla de algunos santuarios, de algunos rituales... Sí, María tiene algo de hechicera, pero sin escoba (risas).

Yo me la imagino como a la Sibila de Cumas. A las sibilas las colgaban en una jaula y las mareaban, y una vez que ya estaban bien mareadas decían lo que iba a pasar, profetizaban. Yo me imagino que María Zambrano realmente está en una jaula diciendo lo que va a pasar y nadie le hace caso.

La gente cree que no es verdad lo que ella está diciendo. Es algo increíble. Y de pronto se queda callada y dice: "Sabes que vi no sé qué, quién sabe qué, quién sabe qué", y empieza a contarte unas cosas que te impresionan mucho. Y luego está el héroe al que ella admira mucho y que vuelve obsesivamente como una presencia buena, positiva para ella. Es el recuerdo del padre. Es muy fuerte en ella, pero es muy bonito, es un recuerdo azul. Lo adoraba.

Y en cambio la mamá no aparece demasiado. Yo creo que el papá la alentaba a que fuera santa. Ella quería ser santa. ¿Que hiciera milagros? (risas).

Creo que le hubiera gustado eso. ¿Y las cartas con María?

Esas cartas que ella me escribió y me mandó están llenas de muchas cosas, porque no era nada más que quería platicar conmigo sino que también ella se desahogaba ahí, porque yo era algo así como un ente sin sexo, sin edad, era una especie de *gnomo*...

Lo sigues siendo (risas).

...entonces eso ella lo tomaba muy en cuenta. Tenía la confianza conmigo de que podía hacer todas las cosas más absurdas, más impensables, todos los corajes más horribles que hacía, porque era muy violenta cuando se enojaba y te condenaba al infierno. Pero luego era muy generosa también, se daba cuenta de que había exagerado y entonces..., sí, porque era una real hembra, como se decía ella. Estaba llena de una carga eléctrica. Era muy fuerte.

Bueno, eso que dices quiere decir que sí, que tenía algo de hechicera.

Y que no decía mentiras nunca, eso es muy difícil y admirable.

O muy terrible...

No sé. Era muy impresionante ese carácter de ella.

Aquí en México le tenían miedo, por eso la mandan a Michoacán.

Sí, les daba miedo. Parecía que te leía el pensamiento y, como en los pensamientos, uno es siempre bastante malo... (risas).

Mucha gente, vamos a decir acostumbrada al teatro humano, como puede ser Alfonso Reyes, le tenía respeto y un poco de miedo. Ella escribe un artículo sobre la relación entre Goethe y Alfonso Reyes para decirle a éste que se está equivocando porque él cree que se puede, en arte y en religión, nadar y guardar la ropa.

Eso está buenísimo, ¿no?

Pero en arte y en religión no se puede nadar y guardar la ropa.

Y ella tenía toda la razón.

Pero se lo dice con una gran fineza a lo largo de diez, doce cuartillas, etcétera, pero se lo dice.

Había siempre en Alfonso Reyes, para mí, la sensación de que algo le faltaba, algo, ¿cómo te diré?, una suerte de renuncia o amargura.

¿Sí?

Él nunca renunció al amor del padre, este amor tan lleno de amargura porque el padre murió de una muerte trágica...

Bochornosa.

...y bochornosa.

Bernardo Reyes se murió dos veces, porque él en 1913 cae en el zócalo en una conspiración contra Madero, entonces cae físicamente por el balazo de la metralla pero también cae el ídolo del pedestal en el que se había erigido él mismo...

Pero que no cumplió....

...que no cumplió al no haber asumido su responsabilidad como político...

Y Alfonso Reyes no vuelve a México en años.

Alfonso Reyes lleva esa carga de la muerte bochornosa, de una segunda muerte que lo mareaba y le impedía ser. Tienes razón en que en esa devoción por el padre

hay un resabio de amargura... Eso no lo había yo pensado nunca...

Es terrible, ¿no? Sí, eso es algo que sentí con Alfonso Reyes inmediatamente. Esta sensación de algo roto... Hay veces en que el amor a una persona tan cercana como es el padre tiene como algo raro, algo que no va, o algo que no le has perdonado al padre o algo que no has entendido del padre o de la vida. Eso es muy raro. Pero yo hasta ahorita no me he encontrado esas cosas porque he sido siempre como soy, no tengo ningún resentimiento. Yo no nací con ningún propósito. Nunca quise ser pintor, nunca quise ser guapo, nunca quise ser bohemio... (risas), nunca quise ser comprensivo, nunca quise nada. Iba queriendo lo que me hacía sentir bien. Y no me gusta, cada vez que me quieren fabricar como un personaje que yo soy así o asado, me siento incómodo.



Juan Soriano, *Juegos de artificios*, 1954



Juan Soriano, *El búho con su reflejo*, 1981

María Zambrano hubiera dicho que naciste por añadidura, es decir, que lo que tienes viene como de pilón y de propina... María Zambrano alguna vez escribió sobre Teotihuacán a propósito de un libro de Laurette Séjourné sobre ese sitio. Ahí explica Laurette Séjourné que los aztecas, los prehis - pánicos, destruían cada cincuenta y dos años su cultura, su civilización, todo, todo, todo, porque en realidad el valor principal del ser humano no está en los objetos que produce sino en el hecho de producirlos. O sea, tu riqueza no es el libro que ya sacaste o el cuadro o el poema que ya hiciste, sino eso que en el momento en que estás haciéndolo te da la posibi - lidad de hacerlo. Entonces a lo mejor si guardas los cuadros como que te encariñas con una imagen de ti mismo y no te enriqueces con tu propia riqueza, con tu propia espontanei - dad y con tu propia creatividad.

Mira, nacer y vivir es algo tan maravilloso que constantemente está uno rectificando las cosas que le pasan de cómo las juzga uno de mal, porque son cosas tan maravillosas, inesperadas, que te llegan, y te dices: "Pero qué bueno que me llegó esto". Hay que sentir todo esto, pero las cosas no tienen ningún propósito, no es para irte al cielo ni para ser una figura, nada. Es tu vida, tuya y punto. Y a mí, fíjate, me pasa mucho que veo así entrar a una persona y digo: "¡Qué barbaridad, qué mal me cae!" ¿Por qué será? Y pasa un poco de tiempo y luego..., porque esa persona está mal, porque tiene algo mal, porque tiene algo como equivocado o algo que no es verdadero, que te está dando gato por liebre al darte la mano, y que es una persona como inmadura, que está esperando muchas cosas de la vida. Entonces me dicen los amigos que me conocen un poco más: oye, ¿por qué eres siempre como muy frío con fulana o con fulano? Digo: ¡Ah, sí!, pues no me doy cuenta. De veras no me doy cuenta, pero como que la persona no me interesa, no me atrae. Y luego hay mucha gente, así muy famosa, con mucho prestigio como pintor, como escritor, tiene a veces cosas como muy banales que fastidian todas las cosas buenas que tiene esa persona. Porque no sé, como que las usa mal o las exhibe demasiado, o las trata de disminuir. No sé, algo pasa ahí..., bueno, no están contentos con lo que tienen. Pero como uno cambia, a lo mejor la próxima vez que vengan les digo lo contrario (risas). U

Esas cartas que ella me escribió y me mandó están llenas de muchas cosas, porque no era nada más que quería platicar conmigo sino que también ella se desahogaba ahí...